

EL SENTIDO DE LA CELEBRACIÓN

Hoy celebramos ya la Pascua, en su primer momento, el de la Muerte. La Pascua abarca un doble movimiento, descendente y ascendente, y es un único acontecimiento: muerte y resurrección del Señor. Los tres días se celebran como un único día, y tiene una única Eucaristía, la de la Vigilia, punto culminante del Triduo, donde no se recordará sólo el aspecto glorioso, sino toda la "inmolación del Cordero Pascual".

PASIÓN SEGÚN SAN JUAN.

Es el primer elemento de la celebración de la Pasión. La proclamación de la Pasión es más para ser contemplada interiormente que exteriormente, y no según cualquier artista sino según san Juan, el evangelista más amado y que amó más al Maestro. Los acontecimientos de la Pasión han de grabarse más en el corazón que en los ojos.

ORACIÓN UNIVERSAL.

La oración universal tiene hoy un especial relieve: ¡Toda la humanidad es puesta a los pies de la cruz!. Recordemos la manera de hacerlo: el diácono o lector proclama la intención, se deja unos momentos de silencio para la oración personal (conviene, por tanto, que este silencio permita orar realmente), y el celebrante dice la oración.

ADORACIÓN DE LA CRUZ.

Besar la Cruz. Con sentimientos profundos. Besar y amar la vida que nos crucifica. Conscientes de portar una cruz: para unos piedra de tropiezo y caída, para otros roca sobre la que edificar seguro; el mundo la llama escándalo o necedad, el creyente "Rostro Radiante de Dios". Besarla. En ella quiere Dios manifestar el Señorío sobre lo que destruye al hombre: VICTORIA, TU REINARAS; OH CRUZ, TU NOS SALVARAS.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jjgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENTOS MENDE

La Buena Noticia de la semana

7 DE ABRIL 2023
VIERNES SANTO

Año XV. nº: 816

**Palabra de Dios:**

Isaías 52,13 - 53,12.

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

Salmo 30.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Hebreos 4,14-16; 5,7-9.

Aprendió a obedecer y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación.

Juan 18,1 - 19,42.

Prendieron a Jesús y lo ataron. ¿No eres tú también de sus discípulos? No lo soy. Mi reino no es de este mundo. Lo crucificaron, y con él a otros dos. Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre. Todo está cumplido. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo con aromas.

El mundo está lleno de iglesias cristianas presididas por la imagen del Crucificado y está lleno también de personas que sufren, crucificados por la desgracia, las injusticias y el olvido: enfermos privados de cuidado, mujeres maltratadas, ancianos ignorados, niños y niñas violados, emigrantes sin papeles ni futuro. Y gente, mucha gente hundida en el hambre y la miseria.

Es difícil imaginar un símbolo más cargado de esperanza que esa cruz plantada por los cristianos en todas partes: «memoria» conmovedora de un Dios crucificado y recuerdo permanente de su identificación con todos los inocentes que sufren de manera injusta en nuestro mundo.

Esa cruz, levantada entre nuestras cruces, nos recuerda que Dios sufre con nosotros. A Dios le duele el hambre de los niños de Calcuta, sufre con los asesinados y torturados de Irak, llora con las mujeres maltratadas día a día en su hogar.

No sabemos explicarnos la raíz última de tanto mal. Y, aunque lo supiéramos, no nos serviría de mucho. Sólo sabemos que Dios sufre con nosotros y esto lo cambia todo.

Pero los símbolos más sublimes pueden quedar pervertidos si no sabemos redescubrir una y otra vez su verdadero contenido. ¿Qué significa la imagen del Crucificado, tan presente entre nosotros, si no sabemos ver marcados en su rostro el sufrimiento, la soledad, el dolor, la tortura y desolación de tantos hijos e hijas de Dios?

¿Qué sentido tiene llevar una cruz sobre nuestro pecho, si no sabemos cargar con la más pequeña cruz de tantas personas que sufren junto a nosotros? ¿Qué significan nuestros besos al Crucificado, si no despiertan en nosotros el cariño, la acogida y el acercamiento a quienes viven crucificados?

El Crucificado desenmascara como nadie nuestras mentiras y cobardías. Desde el silencio de la cruz, él es el juez más firme y manso del aburguesamiento de nuestra fe, de nuestra acomodación al bienestar y nuestra indiferencia ante los crucificados. Para adorar el misterio de un «Dios crucificado», no basta celebrar la semana santa; es necesario, además, acercarnos un poco más a los crucificados, semana tras semana.

José Antonio Pagola



“Quisiera saber apreciar y amar mucho los tesoros encerrados en la Cruz de Jesús y seguirle fielmente con ella a cuestas”

(San Benito Menni, c. 523)

Jesús, me postro de rodillas ante tu Cruz. Nos amaste hasta el punto de aceptar una muerte humillante. Penetraste los abismos más profundos del sufrimiento humano. Padeciste infinitamente.

Cargaste tu Cruz con amor y sin embargo, eso no te hizo inmune al intenso dolor.

Te pido Jesús, por todos aquellos que gimen en medio de sus padecimientos y enfermedades y que –sin dudar por ello del amor del Padre y dispuestos a aceptar su voluntad– beben el cáliz de su sufrimiento hasta el final, ofreciéndolo por la salvación del mundo. Permite que crezca en ellos tu amor y su confianza en ti, a pesar de las pruebas y tribulaciones.

Señor, te pido por los que –a causa del sufrimiento– han perdido la confianza en el Padre, y ahora ya no buscan más hacer la voluntad divina, sino que viven amargados, sin reconciliarse con Dios y los hombres. Jesús, tu experimentaste el dolor. Es por eso que no les reprochas su actitud, sino que ofreces al Padre sus lamentos, suplicándole que les conceda su perdón y su paz.

